



UN DIÁLOGO INTERMINABLE

MIGUEL SIGUÁN

Facultad de Psicología de la Universidad de Barcelona

Resumen

El autor destaca en la obra y la persona de A. Rivière su capacidad de diálogo intelectual, y hace referencia a aspectos concretos de psicología del lenguaje y de la explicación científica en psicología.

Palabras clave: Diálogo, Psicología del Lenguaje, Explicación Científica.

Abstract

The author points out the capability for intellectual dialogue in A. Rivière's work and person, and refers to particular aspects of psychology of language and scientific explanation in psychology.

Key words: Dialogue, Psychology of Language, Scientific Explanation.

INTRODUCCIÓN

Ángel Rivière nació en 1949, el mismo año en que yo me incorporé al Departamento de Psicología Experimental del Consejo. Era por tanto treinta años más joven que yo. Pero estudió en Madrid y fue profesor en una Universidad madrileña mientras mi vida profesional transcurría en Barcelona de modo que sólo fue cerca de cuarenta años después, cuando él estaba en plena madurez y yo a punto de jubilarme, que nos conocimos personalmente.

Por aquel entonces yo era todavía Director del ICE de la Universidad de Barcelona y él se había hecho cargo de la dirección del INCIDE, el organismo ministerial que coordinaba la investigación de estos Institutos. Le visité para exponerle nuestros planes y para pedirle su apoyo para un proyecto de investigación sobre enseñanza bilingüe que debía financiar la OECD y no sólo me prestó su ayuda sino que pasamos tres o cuatro días en París. Unos días en los que no sólo hablamos del proyecto sino que nos quedaron muchas horas para deambular por el barrio latino y para hablar largo y tendido sobre literatura francesa y sobre el mayo del 68. Y sobre poesía.

Después de aquel primer encuentro coincidimos algunas veces en reuniones científicas o en tribunales de tesis doctorales. Así descubrimos que teníamos preocupaciones comunes, que compartíamos la curiosidad por el lenguaje y también el interés por la obra de Vigotsky que yo había contribuido a dar a conocer en España. Pero oyéndole también me daba cuenta de que pertenecía a otra generación. En mi juventud en el Departamento de Psicología Experimental había conocido una amplia gama de maneras de entender la psicología, pero igual como ellos había llegado a la

conclusión de que el conductismo era la manera más propiamente científica de hacer psicología. Y al mismo tiempo, también como ellos, me había dado cuenta de las limitaciones del enfoque conductista y había confiado en que un día evolucionaría para tomar en consideración las formas superiores de la conducta, la que implica la inteligencia y el lenguaje y hasta reconocer que la conducta implica un sujeto activo. Pero este día no acababa de llegar y por mi cuenta me acerqué a Piaget, del que me atraía la explicación genética como alternativa a la explicación causal. Pero me distanciaba del ginebrino su enfoque estrictamente intelectual cognitivo y más concretamente el entender el nacimiento y el desarrollo del lenguaje como un subproducto del desarrollo de la inteligencia. A mí me parecía evidente que el lenguaje surge en la comunicación. Y en esta dirección me interesó la obra de Vigotsky y contribuí a su difusión en España. Para Ángel en cambio, treinta años más joven, el conductismo era agua pasada, había conocido el cognitivismo ya en sus años de estudiante y estaba al corriente de sus formulaciones más actuales y descubría sus limitaciones. Y era para compensar estas limitaciones que se interesaba por Vigotsky.

Hablo por supuesto desde mi perspectiva actual. Hablo después de releer *Psicología del Lenguaje* en la que Ángel, en el capítulo dedicado a la génesis, expone estas limitaciones y la necesidad de profundizar en los motivos sociales del lenguaje, una perspectiva que en el conjunto del libro, por otra parte excelente, no vuelve a aparecer. Y lo que intento decir es que, en mis primeros contactos con él, descubrí que no sólo era una persona encantadora, sino que sabía muchas cosas sin que lo que decía me obligase a cambiar lo que yo pensaba. Y así hasta que en 1991, cuatro años después de nuestro encuentro en París, leí *Objetos con mente*.

Recuerdo perfectamente la impresión que me causó y mi observación. Si este libro se hubiese publicado en inglés y en los Estados Unidos hoy estaría en todas las bocas. Cuando a finales de la década de los sesenta iniciamos la licenciatura en psicología íbamos a París y a Ginebra y no digamos a Harvard o a Berkeley como aprendices. Veinticinco años después *Objetos con mente* era la prueba tangible de hasta qué punto habían cambiado las cosas.

No voy a insistir en el tema del libro, un tema que desde entonces no ha dejado de preocupar. Mi primera reacción fue escribir una reseña, pero por un lado no me sentía a la altura y creía que merecía más, de manera que propuse hacer un comentario a varias voces para lo cual apelé y consiguió el concurso de un grupo distinguido y que respondió con ilusión.

Y en el número siguiente del *Anuario de Psicología* (1993, 1) Ángel publicó su respuesta a los comentarios, una respuesta que titulé "Las multitudes de la mente" y que figura reproducida en el primer volumen de la obra que hoy se presenta, una respuesta extensa y cordial en la que reconocía que compartía muchas de las dudas expresadas por los interlocutores pero acababa afirmando su confianza en que un día, más o menos lejano, se colmaría el corte entre la Psicología ingenua y la psicología científica y sería posible ofrecer una explicación científica de la conciencia y de la intencionalidad aun admitiendo que tendrían que cambiar muchas cosas y probablemente la propia concepción de lo que es la explicación científica.

Desde entonces Ángel se aplicó con empeño a esta tarea y de ello quedan abundantes muestras escritas en su producción posterior. No sé hasta qué punto puedo decir que con ello continuó el diálogo que así se había iniciado, probablemente incluso sin él Ángel habría avanzado por el mismo camino y en la misma dirección pues le sobraban los estímulos para hacerlo. Pero de mí sí que puedo decir que la lectura de *Objetos con mente* me marcó y que el diálogo que entonces iniciamos no se ha interrumpido. Antes he recordado cómo, ya en los comienzos de nuestra carrera, tanto Mariano Yela como José Luis Pinillos como yo mismo tuvimos que definirnos sobre nuestra manera de entender la psicología como una empresa científica, si más no, a la hora de preparar la preceptiva memoria para el segundo ejercicio de las oposiciones, el que trataba del concepto y método de la asignatura. Y he recordado también cómo intenté definirme en relación con la psicología genética de Piaget. Pero con el paso de los años y la dispersión en múltiples actividades estas cuestiones teóricas fueron quedando en segundo plano de modo que me

acostumbré a limitarme a observar cómo evolucionaba la psicología. La lectura del libro de Ángel me devolvió el gusto por las cuestiones de fondo, la preocupación por hacerme una opinión personal sobre el futuro y las posibilidades de la psicología. No, no pensaba producir una obra genial o simplemente innovadora, me bastaba con perfilar mis ideas y discutir las mentalmente con Ángel para afinarlas y también con la secreta esperanza de influir sobre las suyas.

El diálogo mental que así mantenía con Ángel era el prólogo al diálogo real que nunca llegó a producirse. Y el hecho es que lo intentamos, una vez que decidimos pasar una mañana juntos charlando, pero por aquel entonces yo me había enterado de hasta qué punto su salud era frágil y de hasta qué punto él la dilapidaba arrastrado por su necesidad de cubrir a la vez todos los frentes; de manera que, amparado en la diferencia de edad, intenté asumir una figura paterna y prodigué reflexiones y consejos. Me escuchaba con atención y a todo asentía. Pero yo me daba cuenta de que seguiría prodigándose a chorros llevado por una generosidad sin límites. Todavía tuvimos otra oportunidad, un tiempo después estrenó casa y estaba como un niño con zapatos nuevos y se empeñó en que yo la conociese. De manera que compartí la cena y la intimidad familiar y así la última imagen que guardo de él es de una apacible felicidad.

Su muerte aplazó indefinidamente nuestro diálogo. Y sin embargo yo sigo empeñado en seguir dándole vueltas al tema y lo sigo haciendo discutiendo con él, intentando aclararle mis puntos de vista y profundizar en los suyos. Y a veces pienso que en este empeño está la respuesta al misterio que perseguía. Porque siempre pensamos desde lo que pensaron otros, pensamos con una lengua que antes de ser nuestra es la lengua de una multitud y pensamos dialogando mentalmente con personas concretas; y todo esto no como algo añadido a nuestra capacidad cognitiva, sino como condición para que exista. Pero dejémoslo aquí. Sea de ello lo que sea lo que resulta evidente en que durante mucho tiempo reflexionar sobre las cuestiones básicas de la psicología significará dialogar con Ángel, con lo que ha dejado dicho y escrito. Y al decir esto me doy cuenta de que me quedo corto y que todos los que le hemos conocido sabemos que el diálogo con él no fue nunca exclusivamente intelectual y que por haberle conocido nos sentimos personalmente enriquecidos, nos sentimos de alguna manera mejores. Y también esto habría que tenerlo en cuenta a la hora de hacer una teoría de la conducta humana.